



Romero Salvado, P. (2018). BOOK REVIEW of Francisco Veiga, Pablo Martin y Juan Sanchez Monroe, *Entre dos octubres: Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, 636 páginas. *Hispania Nova*, 16, 756-761.  
<https://doi.org/10.20318/hn.2018.4059>

Publisher's PDF, also known as Version of record

License (if available):  
CC BY-ND

Link to published version (if available):  
[10.20318/hn.2018.4059](https://doi.org/10.20318/hn.2018.4059)

[Link to publication record in Explore Bristol Research](#)  
PDF-document

## University of Bristol - Explore Bristol Research

### General rights

This document is made available in accordance with publisher policies. Please cite only the published version using the reference above. Full terms of use are available:  
<http://www.bristol.ac.uk/pure/about/ebr-terms>



---

**RECENSIONES**

---

Francisco VEIGA, Pablo MARTÍN y Juan SÁNCHEZ MONROE, *Entre dos octubres. Revoluciones y contrarrevoluciones en Rusia (1905-1917) y guerra civil en Eurasia*, Madrid, Alianza Editorial, 2017, 636 páginas, por **Francisco J. Romero Salvadó**, (University of Bristol, Reino Unido); [f.romerosalvado@bristol.ac.uk](mailto:f.romerosalvado@bristol.ac.uk)

DOI: <https://doi.org/10.20318/hn.2018.4059>

Como sugiere el libro bajo revisión en su primera página, el Siglo XX se puede describir como de 'siglo soviético': comienza con la toma del poder por los Bolcheviques, los 10 días que estremecieron al mundo según el periodista norteamericano y testigo de los hechos John Reed, y se cierra con la caída del muro de Berlín en 1989, seguido dos años después, por un increíblemente amateur golpe, protagonizado por una elite político-militar envejecida y sobrepasada por los acontecimientos, que aceleró el derrumbamiento del régimen comunista.

La literatura generada por el fenómeno revolucionario ruso es incontable e inagotable. Coincidimos con los autores que esta inmensa bibliografía ha estado dominada por el posicionamiento ideológico de los historiadores. Sin embargo, no es fácil aceptar su solución: 'regresar a unas fuentes clásicas que no siempre han sido bien citadas o interpretadas por los historiadores, cometiendo errores, omisiones e incluso tergiversaciones' (p. 16). Tal conclusión demuestra, imagino que inconscientemente, una obvia descortesía hacia generaciones de expertos (casos, por ejemplo, de Robert Service, Jonathan D. Smele, Geoffrey Swain, etc.), quienes, con su cualidad literaria, evidencia empírica y, sobre todo, objetividad analítica, han avanzado la investigación y conocimiento del sujeto. Por supuesto, la extraordinaria importancia y complejidad de los hechos incrementan la siempre endeble línea que separa la objetividad, implícita en el trabajo de todo historiador, de sus emociones personales.

El libro está dividido en cinco secciones cronológicas, bastante equilibradas en términos de tamaño: modernización (1861-1904); revolución y atisbos de reformismo (1905-1908); reacción y Gran Guerra (1908-1916); revoluciones de 1917; guerra civil y

revolución internacional (1918-1921). *Entre dos octubres* es fruto del esfuerzo conjunto de tres autores, un historiador (Francisco Veiga), un militar (Pablo Martín) y un diplomático (Juan Sánchez Monroe). El resultado es colosal. Su cualidad esencial es la magistral labor sintética y estilo *reader friendly* que facilita la lectura de este volumen de más de 600 páginas.

La primera sección (modernización, misión e identidad, 1861-1904) es la más débil. Cronológicamente tiene sentido arrancar en la década de 1860, inicio de las reformas del Zar Alejandro II que perseguían la modernización del gigantesco pero atrasado continente ruso. Esta sección establece un interesante contraste con los Estados Unidos, el otro futuro gran imperio transoceánico: mientras para el país norteamericano el fin de su guerra civil significaba la conclusión de su proyecto de nación-estado, la autocracia zarista comenzaba un proyecto que incubaba las semillas que acabaron con su destrucción (pp. 53-54). Menos convincente es el intento, bajo el subtítulo de revoluciones de la *Belle Époque*, de meter a Rusia en el mismo saco con una amalgama de revoluciones del periodo (Portugal, China, Japón, Méjico, etc.) y establecer un imposible paralelo entre el líder republicano chino, Sun Yat Sen y Lenin (p. 37). Habría resultado más esclarecedor utilizar, como hacen posteriormente, el inestimable trabajo de Arno Mayer para enfatizar como el zarismo constituía uno de los casos más flagrantes de la persistencia del antiguo régimen en Europa. Como otros países, Rusia experimentó la crisis de modernidad caracterizada por el choque entre un orden político anacrónico y la llegada de la sociedad de masas. Aunque por su magnitud los acontecimientos de 1917 constituyen un momento extraordinario, no debemos olvidar que formaron parte de un antes y un después. Como sugiere el título (*Entre dos octubres*) y ya expusieron en su día Vladimir Ilich Ulianov (Lenin) y Lev Davidovich Bronstein (Trotsky), 1905 fue el ensayo general del drama revolucionario de 1917.

Carente de fuentes primarias, la fortaleza principal del texto es la producción de un relato preciso basado en la síntesis de una enorme literatura secundaria y obras publicadas por protagonistas (sorprendentemente está ausente la del dirigente socialista-revolucionario Victor Chernov). Destaca la facilidad con la que se diseccionan primero y luego se ligan umbilicalmente los sumamente complejos sucesos de 1905 con los de 1917.

En vez de una breve y triunfante guerra en una disputa colonial en el lejano oriente, según palabras del poderoso ministro del Interior Viacheslav von Pleve, la contienda terminó con la victoria del Japón y estimuló la oposición contra la ahora humillada autocracia. En 1905, la monarquía se tambaleó ante manifestaciones de estudiantes, levantamientos campesinos, insurrecciones en provincias no rusas, motines en la flota y huelgas masivas que culminaron con la creación de Soviets (Consejos) en San Petersburgo y Moscú. La revolución sólo comenzó a abatir tras la concesión del Zar Nicolás II en octubre de una constitución ratificando los derechos civiles básicos, la legalización de partidos políticos y el establecimiento de un parlamento (Duma) elegido en voto libre. Sin embargo, como se explica en una sección intermedia titulada némesis patriótica (1906-1912), contenido el brote revolucionario, el zar reafirmó su control sobre el ejecutivo y restringió el voto hasta conseguir un parlamento dócil. Apartado especial merece el perspicaz análisis de la paradoja presentada por la policía política (Ojrana). Supuestamente todopoderosa, era considerablemente inferior en presupuesto y plantilla a similares fuerzas en Francia o Gran Bretaña. Además, su caótica actuación resultó en insólitos episodios que contribuyeron a desestabilizar al régimen. Controlaba organizaciones sindicales y una de ellas, dirigida por un personaje en su nómina, el padre Gueorgui Gapon, lideró una masiva manifestación para petitionar al zar en enero de 1905. Su brutal represión destruyó de un plumazo la imagen del monarca de padrecito benefactor y desató la revolución. También infiltró agentes en grupos terroristas que en ocasiones facilitaron su desarticulación, pero en otras acabaron con la vida de los políticos más distinguidos: asesinato de Pleve (1904) o del Primer Ministro Piotr Stolypin (1911).

Si la experiencia de una pequeña y distante guerra había revelado la vulnerabilidad del zarismo, el cataclismo de la Gran Guerra quebró la fábrica estructural de la sociedad. A pesar del enorme desgaste humano y material, el frente mantuvo hasta 1917 su cohesión. El desmoronamiento se produjo en la retaguardia, en particular en la capital, Petrogrado (San Petersburgo), saturada de refugiados y desabastecida de fuel y productos básicos. Nadie había planeado una revolución. Lenin, aislado en Suiza, escribió en enero de 1917 que el zarismo estaba condenado pero su caída no la contemplaría su generación. Sin embargo, el 23 de febrero, la revolución comenzó espontáneamente por una cuestión tan vital en estos tiempos de

penuria: la protesta contra la escasez de paz protagonizada por obreras textiles que adquirió los rasgos de una insurrección cuando los obreros ocuparon las calles con gritos contra el régimen.

Reconocido por Trotsky y luego subrayado por historiadores como Orlando Figes, este libro enfatiza como la insurrección popular acabó triunfando debido a un golpe de estado palaciego (pp. 275-91). La guarnición de Petrogrado (150.000 díscolos reservistas hacinados en insalubres barracones habían remplazado a las tropas tradicionales) jugó un papel fundamental solidarizándose con los revolucionarios tanto en febrero como en octubre. Simultáneamente, hartos de la ineficiencia de la camarilla imperial dominada por la Zarina Alejandra, una impopular soberana extranjera, rodeada de aventureros como el monje Grigori Efimovich Novoyk (Rasputín), dirigentes monárquicos y generales aconsejaron al zar su abdicación. Rasputín fue asesinado en diciembre de 1916 por dos miembros de la aristocracia. Era demasiado tarde. Otrora leales súbditos pensaban que un cambio en el ocupante del trono era un precio razonable para proseguir con éxito la guerra. No habían anticipado que el derrumbamiento de la autocracia iba a desencadenar una tempestad.

Rusia vivió nueve meses de inestabilidad basada en las tensiones producidas por una situación peculiar. Los revolucionarios, amos de la calle, pero inseguros sobre cómo proceder, establecieron organismos de democracia popular (Soviets), pero permitieron la continuidad de la legalidad constitucional encarnada por un Gobierno Provisional formado por diputados del parlamento zarista. No obstante, no había marcha atrás. El Soviet de Petrogrado liquidó toda ilusión de mantener la monarquía al introducir la llamada 'Orden Número Uno' que anulaba el antiguo código de disciplina militar y sancionaba la creación de soviets en los regimientos.

Con su espléndido manejo de las fuentes, este libro explora con facilidad estos 9 laberínticos meses. El ejecutivo poseía autoridad sin poder, mientras que el soviets disponía de poder sin autoridad (pp. 329-30). Evita caer en elucubraciones faltas de rigor académico (los *What ifs* Lenin y otros exiliados no hubiesen podido volver a Rusia a través del territorio alemán o el gobierno provisional no hubiese lanzado la desastrosa ofensiva militar del verano, etc.) ni entra en los debates en torno a los confusos episodios de la insurrección popular en Petrogrado en julio o el caótico golpe, un mes más tarde, del Comandante en jefe, General Lavr Kornilov, y la posible

complicidad del Primer Ministro Aleksandr Kerenski. Concordamos plenamente con la conclusión de este capítulo: 'la insurrección bolchevique debe entenderse como la inevitable tabula rasa final de un régimen definitivamente moribundo y no como una simple apuesta de último minuto' (p. 397). Sin embargo, su tratamiento de Lenin nos parece inadecuado: 'compareció tarde a la revolución de 1905 y solo llegó a la de 1917 en abril' (p. 19). De hecho, su llegada cambió el curso de la historia. Sus *Tesis de Abril*, demandando todo el poder para los soviets, han sido comparadas por su biógrafo Robert Service con las de Martín Lutero en la Catedral de Wittenberg en 1517. En octubre, tuvo que vencer la resistencia de sus reacios camaradas a lanzar el golpe. Algunos como Grigori Zinoviev y Nikolai Kamenev incluso publicaron los planes insurreccionales. Como *Entre dos octubres* apunta 'a esas alturas, Kerenski y su gobierno eran ya un mero decorado... vio con tiempo suficiente lo que se le venía encima, pero ni supo ni pudo hacer nada' (p. 402).

El libro concluye con un estudio de la revolución internacional y la guerra civil. Estamos de acuerdo que para Lenin y sus camaradas, lo que sucedió en octubre de 1917 fue el comienzo de la revolución mundial, no un fenómeno nacional ruso (p. 587). Por consiguiente y, dado que además forma parte del subtítulo, mucho más espacio debía haberse acordado al fracaso de la internacionalización del bolchevismo. En cambio, el estudio de la guerra civil está muy bien desarrollado. Aunque finaliza el conflicto en 1921 cuando otros autores lo extienden hasta mediados de la década, debemos felicitar el análisis de un complicadísimo episodio Hobbessiano donde nunca existieron dos bandos (blancos y rojos) sino muchos contendientes: oficiales monárquicos, gobiernos rivales, partidas anarquistas, nacionalistas, rebeliones campesinas, etc. Todo ello complicado por la incursión de contingentes extranjeros que 'estaban convencidos que los complejos conflictos que se estaban produciendo en Rusia podían ser manejados como cualquier otro de la era colonial' (p. 472).

Partiendo de las conclusiones de expertos (Jonathan Smele, John Bradley o Evan Mawdsley, etc.), se examina como los Bolcheviques se alzaron victoriosos en una lucha descomunal que causó más de 10 millones de muertes. Sus enemigos nunca formaron un frente coordinado y, dada su posición geográfica, frecuentemente acabaron liquidándose entre ellos. Avituallados por las potencias extranjeras, los generales blancos fueron víctimas de su ideología reaccionaria y centralista que les enajenó tanto a las

minorías nacionales no rusas como a la inmensa mayoría de la población, campesinos sin tierra. Por el contrario, la clave del triunfo bolchevique fue su posesión en todo momento de una zona relativamente pequeña pero compacta que contenía el área central e industrial de la Rusia europea, las principales capitales, una densa población urbana y, sobre todo, el control del sistema de transporte ferroviario que facilitaba el desplazamiento de tropas y armamento a los diversos frentes.

En definitiva, el balance global de este libro es sumamente positivo. Representa un encomiable esfuerzo; el análisis de un periodo fundamental para entender nuestra historia moderna. Su admirable uso de una vastísima literatura junto a su fácil lectura, y detallada explicación de episodios, tan épicos como complejos, le configuran como referencia obligada para académicos, estudiantes y público en general.